

PAPA FRANCISCO
**FRATELLI
TUTTI**

REFLEXIONES







PAPA FRANCISCO
**FRATELLI
TUTTI**

Reflexiones





ÍNDICE

Capítulo I: Las sombras de un mundo cerrado

Mons. Carlos Castillo Mattasoglio, Arzobispo de Lima.....7

Capítulo II: Un extraño en el camino

Mons. Ciro Quispe López, Obispo Prelado de Juli.....11

Capítulo III: Pensar y gestar un mundo abierto

Mons. Robert F. Prevost, O.S.A, Obispo de Chiclayo
y Administrador Apostólico del Callao.....15

Capítulo IV: Un corazón abierto al mundo entero

Mons. Miguel Cabrejos Vidarte, OFM, Arzobispo de Trujillo,
Presidente de la CEP y del CELAM.....21

Capítulo V: La mejor política

Mons. Ángel Francisco Simón Piorno, Obispo de Chimbote.....25

Capítulo VI: Diálogo y amistad social

Mons. Javier Del Río Alba, Arzobispo de Arequipa.....29

Capítulo VII: Caminos de reencuentro

Mons. Salvador Piñeiro García-Calderón, Arzobispo de Ayacucho.....35

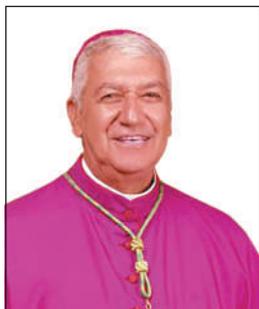
Capítulo VIII: Las religiones al servicio de la fraternidad

Mons. Norbert Strotmann, M.S.C, Obispo de Chosica.....39



Capítulo I

LAS SOMBRAS DE UN MUNDO CERRADO



+ CARLOS CASTILLO MATTASOGLIO
ARZOBISPO DE LIMA

La encíclica Fratelli Tutti de Francisco nos pone directamente ante el problema más álgido de la humanidad de hoy, existe una fraternidad, pero es cerrada y excluyente, y el Papa afronta este problema urgente, diciéndonos que estamos en búsqueda y es posible realizar una fraternidad abierta que nos mancomune a todos en un proceso amplio de ir más allá de las barreras establecidas por algunos en el mundo, y que el amor puede realmente superar. Especialmente urge superar los muros que se construyen, que nos aíslan y que ven en él y los otros, más objetos a ser usados y dominados que comunidad de personas humanas que estando lejos pueden recibir de nosotros compañía, promoción, reconocimiento, respeto, no poseyéndolos, haciéndolos “nuestros”, como si los cercáramos y domináramos, o también los despreciáramos, separándolos y marginándolos de nuestros espacios, sino contribuyendo a que salgan adelante en su mismo camino, y así todos podamos crecer.

Esta fraternidad abierta más allá del lugar donde se habita, más allá de la propia cultura de un pueblo, de sus costumbres, colores, olores, sabores, implica reconocer y apreciar el valor de esos elementos en el otro y los otros, ofreciéndoles amistad social para acoger, aceptar y comprender lo que son y viven, su dinámica, su grandeza. Esta actitud de acogida es a su vez la grandeza del amor abierto que mostró San Francisco de Asís cuando fue a visitar al Sultán Melek al Kamel y que ahora el Papa Francisco también ha realizado, gracias al encuentro con el gran Iman de Al-Azhar. Así han podido abrirse nuevos caminos para la humanidad de ayer y de hoy.

El Papa Francisco ante todo quisiera disponernos a una fundamental renuncia a hacer guerras dialécticas, a imponer doctrinas. Mas bien lo que desea es compartir sentimientos de apertura al amor infinito que existe en el ser humano, esa capacidad de amar que Dios nos ha dado, y que inclusive en las religiones se considera como patrimonio común de toda la humanidad. Siempre partiendo el Papa de su convicción cristiana, tan fundamental, lo hace de tal manera que puede entrar en comunicación con los que no piensan ni sienten directamente como cristianos sino como humanos o como creyentes de otras religiones.

Esta encíclica tiene ocho capítulos, y es importante que comienza por un reconocimiento de los problemas de la humanidad actual, recurre a la Palabra de Dios para dejarse interpelar, en este caso por la parábola del Buen Samaritano, y luego abre algunas pistas sobre como ensanchar el corazón y abrirlo en un mundo que es fraterno, pero cerrado y autorreferencial.

En el primer capítulo, donde el Papa analiza las sombras que vienen a consecuencia de un mundo cerrado, comienza por reconocer que en las últimas dos décadas un sistema de vida basado en el lucro, la finanza y el apuro por enriquecerse ha roto los sueños de unidad que existían en la humanidad desde hace unos 40 años, el sueño de las Naciones Unidas, el sueño de la Unión Europea, de la integración de América Latina, el sueño de la unión de los países de Asia y África. Todo esto se está rompiendo cada vez más porque ha ido creciendo la ambición, la concepción individualista de la vida, la satisfacción del propio interés, considerado como la verdad, y el abandono de una conciencia histórica que da valor a la humanidad, sustituyéndola por una comunicación que nos ha vuelto superconectados pero que no hermanados.

Como máximo, somos hermanados en grupitos que pelean unos contra otros y que atentan especialmente contra la mayoría de la humanidad que es despreciada y abandonada a su suerte.

Estamos sin proyecto para todos, al servicio de todos, y por lo tanto, mundialmente, este sistema de vida descarta de tal manera que los derechos humanos realmente resultan insuficientemente universales, porque solo funcionan para algunos, no para todos.

De allí que se desarrollan todo tipo de conflictos, y se desarrolla el miedo, y la globalización progresa, pero sin estar al servicio del ritmo de todos, sin un

rumbo común y la mayoría de las veces en perjuicio de éste. Solo va al ritmo de algunos más poderosos.

Esto se ha mostrado ahora en la pandemia que, cuando ha ido creciendo, se ha generado una situación de incapacidad de unidad para afrontarla y resolverla, estando todos los unos contra los otros, a ver si consiguen por separado una solución cuando hubiéramos ganado muchísimo tiempo trabajando juntos.

Por eso, necesitamos rechazar juntos la construcción de muros y fronteras que se han colocado para eliminar el reconocimiento de la dignidad humana. Si todos nos reconocemos a través de una serie diversificada de identidades de una sola humanidad, es deshumano que se impongan una serie de identidades artificiales que se entienden como comunes a ciertas sociedades, pero basadas en el desprecio del otro, del diferente, del que no es de mi mundo.

De allí que la comunicación que tenemos es sumamente frívola, dado que está hecha solo para intercambiar cuantitativamente negocios, productos y dinero, y a la vez para sacar información que se acumula para el mejor uso de los datos que permiten a los grandes intereses el control, pero no para entrar en el reconocimiento del valor humano del otro.

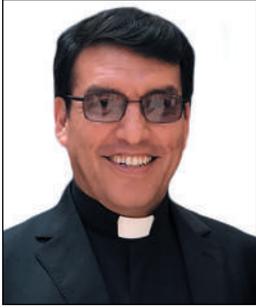
De allí también que se dé una educación basada en informaciones carentes de sabiduría, sumas de informaciones, donde impera la confusión, la agresividad sin pudor, la mentira y la intriga, donde la persona no es reconocida ni importa, donde crece el “rating”, en contra del reconocimiento de lo valioso de alguien y así se promueve imágenes que suscitan sometimientos, e incluso, de parte de los receptores, tendencias a autodespreciarse.

Sin embargo, el Papa en este panorama grande, ve la carencia de un sentido que nos una, que nos hermane a todos los seres humanos, más allá de hacernos “socios” de sociedades anónimas, donde nos hagamos seres humanos fraternos que nos respetemos, nos promovamos y ayudemos, especialmente, sirviendo a los más desvalidos. El Papa Francisco a partir de estas sombras de un mundo cerrado, dice que existe la esperanza de un mundo abierto.



Capítulo II

UN EXTRAÑO EN EL CAMINO



+ CIRO QUISPE LÓPEZ
OBISPO PRELADO DE JULI

Si te pregunto, «¿Quién es tu prójimo?» Vas a responder seguramente tal como lo aprendiste durante las catequesis de primera comunión: «Mi prójimo es mi próximo, aquel que necesita de mi ayuda o solidaridad». Pero para el Maestro no es ésta la respuesta, tampoco la pregunta. En la parábola del Buen Samaritano, que el Papa Francisco cita y propone como ejemplo principal para construir nuevas relaciones y verdaderas amistades, de las que hoy carece la sociedad, la familia y la persona humana, la pregunta y la respuesta es completamente distinta a lo que aprendimos años atrás. Al concluir la hermosa parábola, Jesús preguntó a la gente: «¿Cuál de estos tres te parece que se comportó como prójimo del que cayó en manos de los ladrones?» (Lc 10,36). Repitamos la pregunta que, por lo general, se lee muy veloz. El Maestro no pregunta por los destinatarios de la misericordia, sino por el sujeto. «¿Cuál de estos tres... se comportó como prójimo...?». ¡Fíjate bien en el texto! No se trata de saber quién es tu prójimo. Todo lo contrario, se trata de responder, sin rodeos, a la pregunta dirigida directamente a tu corazón: «¿Cuál de estos tres se comportó como prójimo?». No se trata de localizar en el enfermo, en el abatido o en el pobre “a mi prójimo”. Más bien, se trata de averiguar y responder si “yo soy prójimo del necesitado”, “de aquel que cayó en mano de los bandidos”. No se trata, volvamos a repetir, de buscar necesitados para ayudar, destinatarios de nuestra bondad bondadosa. Se trata de actuar como prójimo del necesitado o del enfermo, a ejemplo del Buen Samaritano. Esto es lo que debe suscitar nos la lectura de la parábola. No tanto mirar al otro, sino mirarnos a nosotros mismos para observar si actuamos como el Buen Samaritano. Por eso, la pregunta es más directa. ¿Actúas como prójimo? ¿Durante este tiempo de pandemia, por

ejemplo, que hubo tantos abatidos por aquí y por allá, actuaste alguna vez como «prójimo» de alguien? Si lo hiciste, entendiste entonces la parábola, si no, aún tienes tiempo para hacerlo..., como le decía su padre al niño Luis que luego se convirtió en San Luis, Rey de Francia (Lc 10,37).

Durante este tiempo de pandemia, el bendito COVID-19 nos atacó a todos de alguna manera, nos golpeó por todos lados, desde los dolores de la enfermedad hasta las angustias del confinamiento. Nos puso a prueba, especialmente a nosotros los llamados cristianos, sobre nuestra condición de Samaritanos. De repente, de un día para otro, como dice el Papa Francisco, la sociedad se dividió en dos: «entre los que se hacen cargo del dolor y los que pasan de largo», «entre los que ayudan y los indiferentes» (70). Benditos aquellos que, en medio de la calamidad, se remangaron las manos y empezaron a ayudar con más ímpetu, como el personal médico, policías, voluntarios y autoridades, parientes y familiares, así como tantos anónimos que colaboraron aquí y allá. Gracias a ellos sentimos que el peruano es capaz de proezas y bendiciones. La solidaridad se multiplicó. Se compraron plantas de oxígeno, tanques y mascarillas, así como otros instrumentos urgentes, que se distribuyeron indistintamente. Bendito el Señor. Dios es nuestra recompensa (Col 3,23). Pero también, nos dimos cuenta de los otros, de los que pasan de largo y de los indiferentes, de los indolentes ante el sufrimiento del otro e insensibles ante la propagación del virus (73). Cada quien lo padeció. Dios lo sabe. Pero para algunos -el virus lo demostró- sus negocios fueron más importantes que la vida, el dinero más valioso que la familia. Peor aún, en nuestra precaria sociedad, donde lo humano y demasiado humano continúa dominándonos, surgió un tercer tipo de personas: los aprovechadores (72). Aquellos que buscan mezquinamente aprovecharse de la necesidad y del sufrimiento del otro. Especuladores sin escrúpulos. Humanos sin conciencia. Éstos no tienen nombre ni lugar, como dijo San Agustín. Recordémoslo. En una de sus famosas homilías, preguntó: «Si el Señor dijo a aquellos hombres insensibles, “apártense de mí malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles porque tuve hambre y no me dieron de comer, tuve sed y no me dieron de beber, fui forastero y no me alojaron, estuve enfermo y no me atendieron...”, ¿a dónde, entonces, el Señor los enviará a aquellos a quienes les diga: “tuve pan y me robaron, tuve agua y me quitaron, tuve ropa y me desnudaron...”»? No es posible concebir una sociedad, de creyentes o no creyentes, donde incluso algunas autoridades como algunos mortales no busquen sino aprovecharse de las circunstancias. Penoso. Actitudes no solo individuales. El virus demostró también cómo están hechas nuestras sociedades. Otro ejemplo -y hay que decirlo- donde pueblos

o comunidades de la sierra cerraron sus calles y sus puertas a los posibles contagiados provenientes de la costa; y mucho peor si en este tiempo eras extranjero. Lo hemos escuchados en los medios de comunicación e incluso padecido. No es ficción. Este terrible virus no solo nos afectó en la salud, sino también en las relaciones humanas; es más, permitió que salga a la luz la vil situación del ser humano afectado por el pecado original.

«Recomencemos», prorrumpe el Papa (77). Nuestra sociedad está enferma, física y espiritualmente. La pandemia nos lo demostró. Dejemos por un tiempo las especulaciones metafísicas o filosóficas y «seamos parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas» (77). No te fijas en el otro. No olvides la pregunta del Maestro: «¿Cuál de estos tres se comportó como prójimo?» (Lc 10,36). Y la receta que nos propone el Santo Padre, para estos tiempos achacosos, no consiste sino en algunas dosis de «cariñoterapia», como lo dijo hace años en México, o de una «amistad humana», como nos lo pide ahora por medio de la Encíclica Fratelli tutti (95). Mientras no cultivemos una verdadera amistad humana hacia el otro, independientemente de cualquier prejuicio social, a ejemplo del Buen Samaritano, la cual un día podría proyectarse en una «comunidad universal», seguiremos considerando al otro como un enemigo, alguien de quien puedo aprovecharme o un estorbo a mi quietud sosegada. Esa fue la herencia principal de Jesús, el Señor, antes de su muerte, para sus discípulos y para el hombre de todos los tiempos. Pero después de dos mil años no lo hemos aún metabolizado adecuadamente: «No hay amor más grande – dijo el Maestro – que aquel que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Jesús no dijo: «No hay amor más grande que el que da la vida por sus hijos... por sus padres... por sus familiares... sino por sus amigos». El secreto de una existencia plena, a la cual estamos llamados cada uno sin excepción (68), desde el momento en que vivimos, no consiste sino en cultivar la amistad, en crear relaciones humanas fundadas en la amistad y, mucho mejor, si es una amistad cristiana. Ahí radica el secreto de la felicidad, nos dice el Papa. Aprende a vivir en amistad con el otro. Se amigo de tu cercano. Si el otro es tu amigo, el mandamiento del amor dejará ser poesía, y viceversa. Y la salvación depende fundamentalmente de esta actitud. Porque si el otro es tu amigo no lo instrumentalizas, no te aprovechas de él, no buscas su mal, no le robas, no eres injusto con él, ni mucho menos indolente a sus necesidades. Imagínate este tipo de relación amical sincera dentro de tu hogar, en la sociedad y a nivel mundial. La amistad es la respuesta a la pregunta del Maestro: «¿Cuál de estos tres se comportó como amigo?» (Lc 10,36).



Capítulo III

PENSAR Y GESTAR UN MUNDO ABIERTO



+ **ROBERT F. PREVOST, O.S.A.**
OBISPO DE CHICLAYO
ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DEL CALLAO

¿Qué nos dice el Santo Padre en el tercer capítulo de su última encíclica?

El Papa Francisco comienza su encíclica *Fratelli Tutti* haciendo un análisis de la sociedad actual, a la luz de las circunstancias en que nos encontramos y, también, a la luz del evangelio, sirviéndose de la parábola del Buen Samaritano. En el tercer capítulo inicia una reflexión en la que el Papa nos plantea enfrentar seriamente los temas de la fraternidad y la amistad social, temas que irán concretizándose en los siguientes capítulos de la encíclica.

El título presenta el panorama de lo que el Papa quiere que veamos junto con él: *Pensar y gestar un mundo abierto*. Dos cosas reclaman nuestra atención. En primer lugar: **pensar**; en segundo lugar: **gestar**; y estas dos acciones humanas dirigidas estrictamente hacia **un mundo abierto**. Aquí empieza nuestro análisis y surge nuestra reflexión.

La actividad de **pensar** exige dos cosas: un contenido y una lógica. El Papa nos da el contenido de lo que debemos pensar: **un mundo abierto**, y nos propone, al mismo tiempo, una nueva lógica que haga posible pensar una realidad de esta naturaleza. Del mismo modo, la actividad de **gestar** requiere también dos cosas: una idea que debe ser concretada y la fuerza para realizarla. El Papa nos propone la idea que debemos concretar: siempre **un mundo abierto**, y nos señala cuál es la fuerza que lo hará posible.

Esa fuerza y esa lógica de la que nos hablará el Papa en este capítulo es precisamente el *Amor*. Y el amor se convertirá en la clave para interpretar todos los temas que serán propuestos. Es tan enfático el Papa que afirma que el amor es la única vía, y que no tenemos otro camino sino amar, así lo expresa: *“Hay creyentes que piensan que su grandeza está en la imposición de sus ideologías al resto, o en la defensa violenta de la verdad, o en grandes demostraciones de fortaleza. Todos los creyentes necesitamos reconocer esto: lo primero es el amor; lo que nunca debe estar en riesgo es el amor, el mayor peligro es no amar”* (cf. n. 92).

En la lectura reposada de este capítulo escucharemos al Papa que nos dice que el amor es la lógica para pensar un mundo abierto y la fuerza que nos permitirá ser universales y llegar a todos sin excepción. Es más, el amor se manifiesta como la condición de nuestra propia existencia: *“Hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser. Por ello en cualquier caso el hombre tiene que llevar a cabo esta empresa: salir de sí mismo”* (cf. n. 88), es decir, amar.

Este amor sin fronteras (cf. n.99), que nos pone en tensión hacia la comunión universal (cf. n. 95), es el único que nos posibilita y permite hablar de amistad social, mundo abierto, sociedad fraterna. Retomando la parábola del Buen Samaritano, el Papa nos ayuda a reflexionar sobre nuestra relación con el prójimo. ¿Quién es el prójimo para nosotros? ¿un hermano o un socio? Así nos interpela el Papa:

“¿Qué reacción podría provocar hoy esa narración – [la del Buen Samaritano]- en un mundo donde aparecen constantemente, y crecen, grupos sociales que se aferran a una identidad que los separa del resto? ¿cómo puede conmover a quienes tienden a organizarse de tal manera que se impida toda presencia extraña que pueda perturbar esa identidad y esa organización autoprotectora y autorreferencial? En ese esquema queda excluida la posibilidad de volverse prójimo, y solo es posible ser prójimo de quien permita asegurar los beneficios personales. Así la palabra “prójimo” pierde todo significado, y únicamente cobra sentido la palabra “socio”, el asociado por determinados intereses” (cf. n. 102).

Insertados en la lógica del amor, el Papa nos anima a abrírnos a una vida social de fraternidad auténtica, acogiendo sinceramente al otro como hermano:



“los que únicamente son capaces de ser socios crean mundos cerrados. ¿qué sentido puede tener en este esquema esa persona que no pertenece al círculo de los socios y llega soñando con una vida mejor para sí y para su familia?” (cf. n. 104).

La denuncia que hace el Papa contra el individualismo, la uniformidad absurda, el racismo y otras injusticias es precisamente la denuncia contra un mundo que se ha olvidado de amar de verdad... Conviene leer y meditar sus palabras:

(...) el racismo es un virus que muta fácilmente y en lugar de desaparecer se disimula, pero está siempre al acecho. (cf. n. 97).

(...) si una globalización pretende igualar a todos, como si fuera una esfera, esa globalización destruye la riqueza y la particularidad de cada persona y de cada pueblo. (cf. n. 100)

(...) el individualismo no nos hace más libres, más iguales, más hermanos. La mera suma de los intereses individuales no es capaz de generar un mundo mejor para toda la humanidad (...) el individualismo radical es el virus más difícil de vencer. (cf. n. 105)

El camino de fraternidad social fundamentada en el amor, que el Papa nos quiere proponer, no es un camino abstracto. La intención del Papa es ayudarnos

a redescubrir el sentido radical de nuestra vida personal y social. Cuando tomamos en serio nuestra vocación fundamental de amar nos abrimos a la auténtica fraternidad y de ese modo fundamos con bases sólidas una genuina promoción de la persona, del bien moral y del bien común, con dimensiones universales.

El Papa defiende y proclama -en muchas partes de la encíclica y en especial en este capítulo- el valor intrínseco e inalienable de la dignidad humana como fuente de verdadera fraternidad: *“Hay un reconocimiento básico, esencial para caminar hacia la amistad social y la fraternidad universal: percibir cuánto vale un ser humano, cuánto vale una persona, siempre y en cualquier circunstancia. (...) el solo hecho de haber nacido en un lugar con menos recursos o menor desarrollo no justifica que algunas personas vivan con menor dignidad”* (cf. n.106). Es claro el Papa y afirma con fuerza: *“el mundo existe para todos, porque todos los seres humanos nacemos en esta tierra con la misma dignidad”* (cf. n.118).

Es la lógica y la fuerza del amor que nos empuja a construir una sociedad fraterna basada en la justicia, la paz y la libertad de todos los pueblos y de cada ser humano. Es la lógica que nos ayuda a ver hermanos y no extraños (cf. n. 98). Es la fuerza que nos exige ser mejores personas rechazando todo acto inmoral que destruya la persona o la sociedad.

“Ya hemos tenido mucho tiempo de degradación moral, burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad, y llegó la hora de advertir que esa alegre superficialidad nos ha servido de poco. (...) cada sociedad necesita asegurar que los valores se transmitan, porque si esto no sucede se difunde el egoísmo, la violencia, la corrupción en sus diversas formas, la indiferencia y, en definitiva, una vida cerrada a toda trascendencia y clausurada en intereses individuales” (cf. n.113).

Es la lógica del amor que nos exige repensar y reproponer con seriedad la función social de la propiedad privada. Es la fuerza del amor que renueva nuestras energías para luchar pacíficamente en favor del reconocimiento de los derechos de los pueblos.

“Si toda persona tiene una dignidad inalienable, si todo ser humano es mi hermano o mi hermana, y si en realidad el mundo es de todos, no importa si alguien ha nacido aquí o si vive fuera de los límites

del propio país. (...) la incapacidad de reconocer la igual dignidad humana a veces lleva a que las regiones más desarrolladas de algunos países sueñen con liberarse del “lastre” de las regiones más pobres para aumentar todavía más su nivel de consumo” (cf. n 125).

La solidaridad, la fraternidad, el amor: estamos invitados a trabajar con esta fuerza y a pensar según esta lógica. Ciertamente implica una conversión personal y exige cambios a nivel social, pero es el camino que tenemos, que brota de nuestro ser, que reclaman las circunstancias, que quiere Dios.

Son las palabras del Papa las que nos ayudan a entender el objetivo de este capítulo y que nos invitan a soñar con él: *“Sin duda, se trata de otra lógica. Si no se intenta entrar en esa lógica, mis palabras sonarán a fantasía. Pero si se acepta el gran principio de los derechos que brotan del solo hecho de poseer la inalienable dignidad humana, es posible aceptar el desafío de soñar y pensar en otra humanidad. Es posible anhelar un planeta que asegure tierra, techo y trabajo para todos”.* (cf. n. 127).




Conferencia Episcopal
Peruana

Por un
Perú
sin
hambre

**Comedores
Solidarios
Parroquiales**



La Iglesia en el Perú
frente al COVID-19



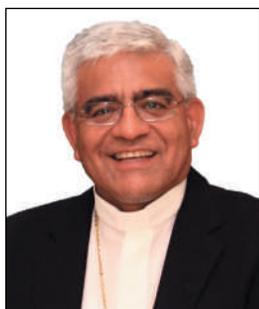
Cáritas
del Perú

Ceas
COMISION EPISCOPAL
DE ACCION SOCIAL



Capítulo IV

UN CORAZÓN ABIERTO AL MUNDO ENTERO



+ MIGUEL CABREJOS VIDARTE, OFM
ARZOBISPO DE TRUJILLO
PRESIDENTE DEL EPISCOPADO PERUANO
PRESIDENTE DEL CELAM

El Papa Francisco en el capítulo cuarto de su encíclica *Fratelli tutti* trata específicamente de la fraternidad universal y la amistad social en el tema migratorio. Puesto que “todos los seres humanos somos hermanos”, tenemos el desafío de encontrar nuevas perspectivas y desarrollar iniciativas frente a la realidad migratoria que estamos viviendo.

Para el Santo Padre, lo ideal es que todas las personas encuentren en sus países de origen la posibilidad efectiva de vivir y de crecer con dignidad, “pero mientras no exista serios avances en esta línea, nos corresponde respetar el derecho de todo ser humano de encontrar un lugar donde pueda no solamente satisfacer sus necesidades básicas y las de su familia, sino también realizarse integralmente como persona”. (FT,129).

Estamos convocados a *Acoger, Proteger, Promover e Integrar* a los migrantes y refugiados, para lo cual es indispensable garantizar una migración segura y ordenada, con visados simplificados, debida asistencia consular, así como programas de patrocinio, corredores humanitarios, alojamientos apropiados en salvaguarda de la seguridad de la persona migrante. De la misma manera, se debe garantizar el acceso a servicios básicos, tales como: salud, educación, libertad de movimiento dentro y fuera del país; derecho al trabajo, a la libertad religiosa y a la reagrupación familiar con el objetivo de alcanzar una inserción e integración social en las comunidades de acogida. (FT,130).

En su Exhortación Apostólica *Christus vivit*, el Papa Francisco hizo el llamado a no caer en las redes de quienes ven a los que llegan a sus países como seres peligrosos, como si no tuvieran la misma dignidad, sin olvidar que aún en la acogida existe el riesgo de una “esclerosis cultural”; por eso, nos propone “un diálogo paciente y confiado, para que las personas, las familias y las comunidades puedan transmitir los valores de su propia cultura y acoger lo bueno que hay en la experiencia de los demás. La llegada de personas provenientes de diferentes contextos, se convierte en don cuando las acogemos de corazón, cuando se les permite seguir siendo ellas mismas (Cfr. FT, 134).

Por eso, es necesario el intercambio de ayuda, a diferentes niveles, entre países, pues la ayuda mutua “en realidad termina beneficiando a todos”. Es indispensable, en estos tiempos, desarrollar la conciencia de *una salvación conjunta y no aislada*, puesto que: “toda cultura sana es abierta y acogedora” (FT, 146).

Estamos llamados al encuentro, a la solidaridad y a la gratuidad, promoviendo el desarrollo integral de la persona, “de cada persona y de todas las personas” (Cfr. *Populorum Progressio* 20), lo que va mucho más allá de planes asistenciales que son válidos para atender urgencias, pero que no deben perder de vista el gran objetivo de hacer de la persona la protagonista principal de su propia historia.

Acogiendo al hermano o hermana migrante, colaboramos para preservar su identidad y posibilitamos un desarrollo solidario. Para ello, “tenemos necesidad de comunicarnos, de descubrir las riquezas de cada uno, de valorar lo que nos une y ver las diferencias como oportunidades de crecimiento en el mutuo respeto de todos. “Se necesita un diálogo paciente y confiado, para que las personas, las familias y las comunidades puedan transmitir los valores de su propia cultura y acoger lo bueno que hay en la experiencia de los demás” (FT, 134).

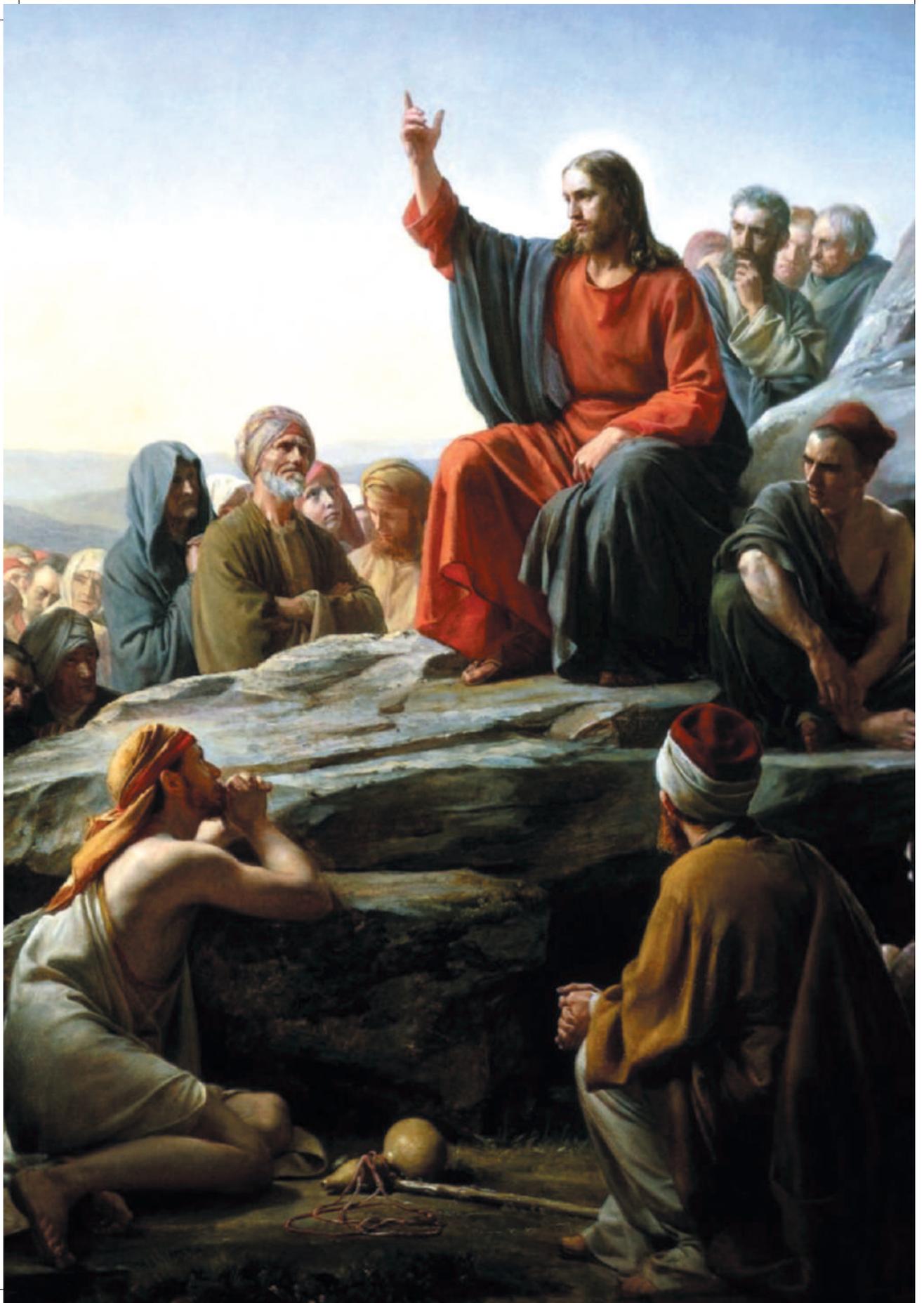
Otro importante desafío que nos plantea el Papa en *Fratelli tutti* es saber llevar la sana interacción entre lo global y lo local, cuando nos dice: “hace falta lo global para no caer en la mezquindad cotidiana y lo local para tener los pies en la tierra”. Esta sana interacción se da a través de un ordenamiento mundial jurídico, político y económico que tome en cuenta lo local y lo global a la vez, desarrollando así la fraternidad universal y la amistad social dentro de cada sociedad como dos componentes inseparables y coesenciales. Separarlos lleva a una deformación y a una polarización dañina (Cfr FT 142).

Para un adecuado desarrollo en la gestión migratoria es indispensable la vigencia de pactos multilaterales entre los Estados, dado que ningún país puede desarrollar por su propia cuenta soluciones adecuadas, “ya que las consecuencias de las opciones de cada uno repercuten inevitablemente sobre toda la Comunidad internacional”, pues todo está interrelacionado, como decía el Papa en *Laudato Si*. En este sentido, las buenas respuestas sólo vendrán como fruto de un trabajo común, gestando una legislación (“gouvernance”) global para las migraciones (Cfr. FT, 132).

Debemos tener en cuenta que el bien común tiene su origen en la “cultura del encuentro”, de la aceptación e integración del “otro” o “la otra” a través del respeto a la diversidad. El amor nos lleva a colocarnos “en el lugar del prójimo” para descubrir qué hay de auténtico, o al menos de comprensible, en medio de sus motivaciones e intereses, posibilitando así el auténtico reconocimiento de su identidad y dignidad.

Cuando promovemos la *cultura de la acogida gratuita*, podremos asegurar un futuro verdadero y auténtico, no solo como personas dentro del país, sino como entera familia humana.

Paz y Bien.



Capítulo V

LA MEJOR POLÍTICA



+ **ÁNGEL FRANCISCO SIMÓN PIORNO**
OBISPO DE CHIMBOTE

El Papa Francisco, en su tercera encíclica, firmada el 3 de octubre de 2020 en la ciudad de Asís, motivado e inspirado precisamente en la expresión de San Francisco, “*Fratelli tutti*”, reflexiona **sobre la fraternidad y la amistad social (2)**. Esta nueva encíclica podríamos considerarla como el Compendio de la Doctrina Social del Papa Francisco dado que, a lo largo de sus ocho capítulos, recoge, de forma sistemática, las principales intervenciones y enseñanzas sociales que ha venido compartiendo a lo largo de sus ocho años de magisterio pontificio.

El capítulo quinto de la encíclica está dedicado a la **política** como condición de posibilidad para el desarrollo de una comunidad mundial que sea capaz de realizar esa anhelada fraternidad y amistad social. Para ello, no sirve cualquier política, sino la “mejor política” puesta al servicio del verdadero bien común (154). ¿En qué consiste esa mejor política? En palabras del Papa Francisco, *la política que se necesita* (177-179) es aquella que “**obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo**” (178). No se identifica, por tanto, con el populismo mal entendido ni con el liberalismo despiadado, a quienes dedica varios números.

Va también más allá del inmediatez cortoplacista y de una economía sin política. Además, insiste el Papa, “la política no debe someterse a la economía y esta no debe someterse a los dictámenes y al paradigma de la tecnocracia”

(177). Es por ello que el Papa sostiene que “necesitamos una política que piense con visión amplia, y que lleve adelante un replanteo integral, incorporando en un diálogo interdisciplinario los diversos aspectos de la crisis actual” (177).

Como podrían señalar algunos sectores más críticos, “el Papa se está metiendo en política”. Pues, sí, pero para **rehabilitarla desde el principio de la caridad**, dado que “para muchos la política hoy es una mala palabra, y no se puede ignorar que detrás de este hecho están a menudo los errores, la corrupción, la ineficiencia de algunos políticos” (176).

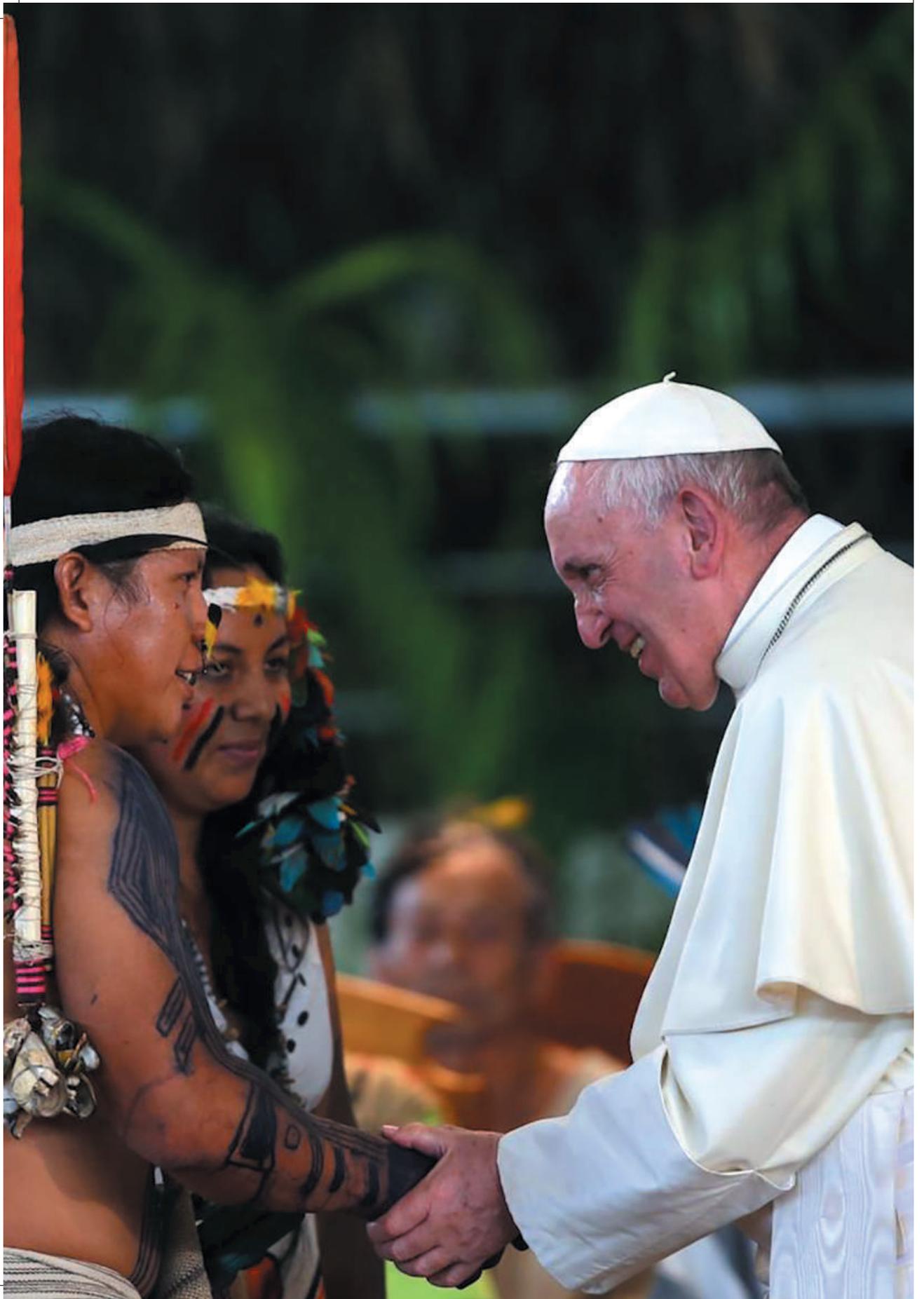
Por ello el Papa Francisco se detiene a continuación a reflexionar y promover una caridad social y política que supere toda mentalidad individualista. “Se trata de avanzar hacia un orden social y político cuya alma sea **la caridad social**” (180), que no es un sentimiento estéril, sino una fuerza eficaz de desarrollo, creativa y renovadora. Y es que “la caridad está en el corazón de toda vida social sana y abierta” (184). Considerando así la política como un ejercicio supremo de la caridad, concluye el Papa Francisco diciendo: “una vez más convoco a rehabilitar la política, que es una altísima vocación, una de las formas preciosas de la caridad, porque busca el bien común” (180). ¡Cuánto necesitamos hoy, particularmente en el Perú, promover este amor *político, efectivo, preferencial* por los últimos! ¡Un amor no solo “*elícito*”, sino “*imperado*”, que impulsa a crear instituciones más sanas, regulaciones más justas, estructuras más solidarias (186)!

Para ello, considera el Papa, “**la caridad necesita la luz de la verdad** (...) esta luz es simultáneamente **la de la razón y la de la fe**, sin relativismos”. Esto supone también el desarrollo de las ciencias y su aporte insustituible para encontrar los caminos concretos y más seguros para obtener los resultados que se esperan (185). La política, por tanto, no es totalmente autónoma, sino que requiere de la academia, de los intelectuales y científicos, del aporte de las universidades, pero también de las iglesias y de la participación ciudadana. La política no debe ser considerada como algo ajeno al Evangelio o una misión indecente para los creyentes, sino como un ejercicio supremo de la caridad. “También en la política hay lugar para amar con ternura” (...) Es el amor que se hace cercano y concreto (194), a la vez que generoso y esperanzado. Como recuerda el Papa, “una gran nobleza es ser capaz de desatar procesos cuyos frutos serán recogidos por otros, con la **esperanza** puesta en las fuerzas secretas del bien que se siembra. La buena política une al amor la esperanza, la confianza en las reservas de bien que hay en el corazón del pueblo” (196).

Concluye el capítulo quinto con una especie de **examen de conciencia de caridad política**, que también nosotros como pastores al servicio del pueblo de Dios podemos y debemos responder. Según el Papa Francisco, “las preguntas, quizás dolorosas, serán: ¿Cuánto amor puse en mi trabajo? ¿En qué hice avanzar al pueblo? ¿Qué marca dejé en la vida de la sociedad? ¿Qué lazos reales construí? ¿Qué fuerzas positivas desaté? ¿Cuánta paz social sembré? ¿Qué provoqué en el lugar que se me encomendó?” (197).

“Esto nos ayuda a reconocer que no siempre se trata de lograr grandes éxitos, que a veces no son posibles. En la actividad política [como en el ministerio pastoral] hay que recordar que más allá de toda apariencia, cada uno es inmensamente sagrado y merece nuestro cariño y nuestra entrega” (195).

Queridos hermanos en el episcopado, la política, como la pastoral, ha de buscar siempre más la fecundidad que el éxito. Sin caer en injerencias políticas ni preferencias partidistas, Dios nos permita ser promotores de esta “mejor política” en nuestras comunidades locales, regionales y a nivel nacional, suscitando especialmente en los fieles laicos la caridad social y política, y acompañando a todos aquellos que sienten la noble vocación de comprometerse en el servicio de la promoción del bien común.



Capítulo VI

DIÁLOGO Y AMISTAD SOCIAL



+ JAVIER DEL RÍO ALBA
ARZOBISPO DE AREQUIPA

Entre los distintos males que afectan al mundo actual, en el capítulo primero de esta encíclica el Papa Francisco ha mencionado aquellas «actitudes cerradas e intolerantes que nos clausuran ante los otros» (n. 42), «movimientos digitales de odio y destrucción» (n. 43) y «formas insólitas de agresividad, de insultos, maltratos, descalificaciones, latigazos verbales hasta destrozar la figura del otro» (n. 44). En síntesis, en ese capítulo y en otras partes de la encíclica el Santo Padre expresa en forma bastante realista el modo en que el individualismo exacerbado es capaz de llevar al hombre a encerrarse en sus propias ideas y opiniones y a descartar a quienes no las comparten, hasta el punto de considerarlos como enemigos a los que hay que destruir. Abundando en ese análisis, en este capítulo sexto el Papa hace referencia a «la costumbre de descalificar rápidamente al adversario, aplicándole epítetos humillantes» y presenta diversos intereses que suelen haber detrás de esas actitudes (nn. 201-202).

Ante esa realidad, Francisco nos invita a promover la amistad social y el diálogo multisectorial, generacional (n. 199) y multidisciplinar (n. 204) como medios para avanzar juntos en la búsqueda de la verdad y la construcción del bien común de la sociedad. Ya en otro lugar nos ha dicho que no debemos dejar todo a los políticos, y también que «el amor social es una fuerza capaz de suscitar vías nuevas para afrontar los problemas del mundo de hoy y para renovar

profundamente desde su interior las estructuras, organizaciones sociales y ordenamientos jurídicos» (n. 183)¹. Entre esas «vías nuevas», el Papa destaca el diálogo, que implica «acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto» (n. 198).

Para que haya diálogo no sólo se necesita hablar, sino también escuchar con apertura de mente y corazón, «respetar el punto de vista del otro, aceptando la posibilidad de que encierre algunas convicciones o intereses legítimos», y analizar con libertad y sencillez las diversas opiniones para ver en qué pueden enriquecer la propia posición. Nadie puede presumir de poseer la verdad íntegra, de modo que, aunque en muchas ocasiones no sea posible asumir como propias las convicciones ajenas, a través del diálogo sincero se facilita la comprensión mutua, se «impide que los diversos sectores se instalen cómodos y autosuficientes en su modo de ver las cosas y en sus intereses limitados» y, sobre todo, se va adquiriendo el hábito de «trabajar y luchar juntos» en la resolución de tensiones y el progreso de la humanidad (n. 203).

En ese proceso, sin embargo, debe evitarse caer en el relativismo que, «envuelto detrás de una supuesta tolerancia, termina facilitando que los valores morales sean interpretados por los poderosos según las conveniencias del momento» y que «el poderoso o el más hábil termine imponiendo una supuesta verdad» (nn. 206 y 209). La nobleza de una sociedad depende del reconocimiento de que existen verdades objetivas y principios universalmente válidos, valores no negociables que están más allá del consenso circunstancial. «Podrá crecer nuestra comprensión de su significado y alcance – y en ese sentido el consenso es algo dinámico – pero en sí mismos son apreciables por su sentido intrínseco» (n. 211). Como ejemplo de estas verdades inmutables, el Papa pone la dignidad inalienable de todo ser humano, que debe ser siempre respetada y que nadie puede sentirse autorizado a negar (n. 213).

En ese contexto, el Santo Padre destaca que los medios de comunicación y las redes sociales «pueden ayudar a que nos sintamos más cercanos los unos de los otros, a que percibamos un renovado sentido de unidad de la familia humana que nos impulse a la solidaridad y al compromiso serio por una vida más digna para todos» (n. 205) y renueva la invitación, que ha hecho tantas veces, «a desarrollar una cultura del encuentro que vaya más allá de las dialécticas que

¹ Cfr. CONSEJO PONTIFICIO JUSTICIA Y PAZ, Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, n. 207

enfrentan» (n. 215). «La palabra ‘cultura’ –sigue diciendo el Papa– indica algo que ha penetrado en el pueblo, en sus convicciones más entrañables y en su estilo de vida» (n. 216). En efecto, y vale la pena recordarlo ahora, la palabra ‘cultura’ proviene del latín ‘cultus’, que a su vez deriva del verbo ‘colere’ que significa ‘cultivar, proteger, honrar con adoración’. Podemos decir, entonces, que la renovada convocatoria del Papa a promover una cultura del encuentro implica que el deseo del encuentro y la amistad social formen parte de las mismas entrañas de nuestra cultura, hasta determinar el fondo y la forma de la misma, de modo que de ella brote constantemente ese impulso comunitario de «buscar puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos» (n. 216).

En una sociedad pluralista –y mucho más en una sociedad fracturada como la nuestra en la actualidad– lograr una cultura del encuentro no es tarea de un día, sino que requiere de un trabajo artesanal y prolongado. De ahí la importancia de que acojamos el llamado que nos hace Francisco y generemos procesos de encuentro, a través de los cuales vayamos construyendo una sociedad que sepa recoger las diferencias y vivir la unidad en la diversidad. Con esa finalidad, es oportuno tener presente que el tiempo es superior al espacio, como lo explica el mismo Papa en los números 222 a 225 de su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. «Este principio –nos dice el Santo Padre en ese documento– permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad». No se trata, entonces, de pretender ocupar espacios de poder para imponer los puntos de vista o intereses personales, como tan a menudo lo pide la concupiscencia humana, sino de generar nuevos dinanismos en la sociedad y, poco a poco, ir involucrando a otras personas y grupos en un proceso de largo aliento pero que, bien llevado, puede dar frutos buenos y duraderos. Algo similar a la parábola del grano de mostaza.

Para llevar bien ese proceso, sin embargo, hace falta tener en cuenta algunas otras pautas que el mismo Papa nos da en la *Fratelli Tutti*. Una de ellas es «reconocer al otro el derecho de ser él mismo y ser diferente» (n. 218), para lo cual hemos de tener presente la figura del poliedro, «que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices, ya que el todo es superior a la parte² ... El poliedro representa una sociedad donde

2 Cfr. Exh. Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 237.

las diferencias conviven complementándose, enriqueciéndose e iluminándose recíprocamente, aunque esto implique discusiones y prevenciones» (n. 215).

Otra –no menos fundamental– de las pautas que nos da el Papa Francisco para guiar los procesos de construcción de esa anhelada cultura del encuentro es incluir a las periferias (n. 215) y a los pobres (n. 219), porque «ningún cambio auténtico, profundo y estable es posible si no se realiza a partir de las diversas culturas, principalmente de los pobres» (n. 220). Algo de esto ya nos había dicho san Juan Pablo II cuando nos exhortó a que «los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa»³. Francisco, ahora, da un paso adelante invocándonos a trabajar para que los pobres se sientan en su casa no sólo en las comunidades cristianas, sino en toda la sociedad.

Una tercera pauta que nos da nuestro actual Papa es «aceptar la posibilidad de ceder algo por el bien común» (n. 221). No se trata de falsa tolerancia ni de relativismos, sobre lo cual ya hemos hablado, sino de realismo dialogante que implica reconocer que cada uno tiene derecho a ser fiel a sus principios y, al mismo tiempo, saber ponerse en el lugar del otro para procurar comprender sus motivaciones e intereses y ver si de alguna manera es posible alcanzar consensos por el bien de todos.

En síntesis, construir una cultura del encuentro requiere un continuo proceso de diálogo, como parte del cual se debe ir alcanzando la amistad social; pero es preciso saber que es un camino no exento de dificultades. En este sentido, es preciso aprender incluso a discutir, expresando cada uno su punto de vista con sinceridad, pero evitando siempre herir a los demás con palabras altisonantes, adjetivos impropios o menospreciando sus opiniones (n. 223). En una frase, el Santo Padre lo llama «optar por el cultivo de la amabilidad» (n. 222) y termina este capítulo diciéndonos que, cuando la amabilidad logra formar parte de la cultura de una sociedad, «transfigura profundamente el estilo de vida, las relaciones sociales, el modo de debatir y de confrontar ideas. Facilita la búsqueda de consensos y abre caminos donde la exasperación destruye todos los puentes» (n. 224).

Si bien la Fratelli Tutti no está dirigida sólo a los miembros de la Iglesia Católica, leerla desde nuestra fe trinitaria nos permite recordar que, así como

³ Carta Apostólica Novo millennio ineunte, n. 50.

Dios es comunión de personas, también ha creado al hombre para la comunión interpersonal. En este sentido, el diálogo y la amistad social a los que el Papa Francisco nos alienta en este capítulo de su encíclica no son meras estrategias para alcanzar un fin. Mucho más que eso, son medios para desarrollarnos como personas creadas a imagen y semejanza de Dios, creadas por amor, con amor y para el amor. El diálogo y la amistad social son elementos imprescindibles del estilo de vida propio del agapé cristiano. Sin ellos no estaríamos respondiendo de modo adecuado a la llamada a la santidad que Dios nos ha hecho a través del bautismo, ni cumpliríamos a cabalidad nuestra misión en este mundo.



Capítulo VII

CAMINOS DE REENCUENTRO



+ SALVADOR PIÑEIRO GARCÍA-CALDERÓN
ARZOBISPO DE AYACUCHO

Desde Ayacucho, donde hay 16 mil desaparecidos, cuyos hogares lloran al familiar y no pueden cerrar el duelo, esta propuesta de paz que nos propone el Papa Francisco es un camino de sanación y un trabajo de esperanza.

Debemos fortalecer los lugares de la memoria, pues todos, por ignorancia o insensibilidad, hemos causado mucho dolor, nos acostumbramos a las dudas y mentiras. Urge proclamar la verdad que es “compañera inseparable de la justicia y misericordia”.

Nos invita a ser constructores de la Paz con el encuentro fraterno, la reflexión sincera y signos de comunión. Cada vez que participamos en las exhumaciones y entrega de restos es una jornada después de tantos años de relación con las autoridades, cercanía a las comunidades, fortaleza por la plegaria para mitigar el dolor y compromiso por generar proyectos de desarrollo para superar la pobreza y el abandono.

Entre 1980 y el 2000, el Perú vivió un conflicto armado interno cuyas secuelas permanecen hasta hoy. Como consecuencia de esta situación se abrieron muchas heridas y se fracturaron las relaciones entre las personas afectadas durante estos años de violencia.

A ello se suman los actos de la violencia social que se han incrementado durante los últimos 15 años y que también contribuyen a ahondar la ruptura y el desencuentro entre los peruanos.

Cuanto agradecemos las Escuelas del Perdón y Reconciliación (ESPERE) pues la pedagogía de Jesús para sanar es el amor, que se manifiesta en el corazón arrepentido y en los signos de misericordia.

Este camino no es fácil, pues las ofensas recibidas han herido el alma. Por ello, cuánto nos anima el amor que vence a la violencia, que da paso a la indulgencia y nos hace olvidar las discordias. Tenemos que pedir al Espíritu para que mueva nuestros corazones y los adversarios se den la mano.

Entre los signos que nos sugiere el Santo Padre está el de “hacer memoria”, pues somos frágiles, pronto nos olvidamos de tantas desgracias que entristecieron familias y comunidades.

Recordar es traer al corazón purificado, para que no se repitan los odios e injusticias.



Con voz firme rechaza la guerra y la pena de muerte. En el camino de humanización hemos crecido en comprensión de los derechos fundamentales, se han formulado nuevas legislaciones, se cuida la casa común y confiamos en la reeducación de quienes delinquieron por las penas medicinales que se les ofreció.

El mensaje sencillo, los ejemplos y la preocupación del Santo Padre por hacer un mundo de hermanos en este capítulo nos anima a ser constructores de la Paz. Agradecemos la inspiración para seguir sembrando signos de esperanza. Nuestro pueblo que tanto ha sufrido sabe llevar la cruz que es el signo más elocuente del perdón, allí está Jesús abriendo el paraíso y abrazándonos para que vivamos reconciliados en una auténtica fraternidad.

La cruz nos ha hecho hijos de Dios y nos interpela para vivir como hermanos. Sigamos trabajando en propuestas de paz y reconciliación basadas en la verdad y justicia restaurativa. Preservemos la memoria de los acontecimientos que han fracturado las relaciones personales y sociales, y enseñemos una metodología para elaborar el perdón, un cambio de mirada y una apuesta por la paz.



Capítulo VIII

LAS RELIGIONES AL SERVICIO DE LA FRATERNIDAD EN EL MUNDO



+ NORBERT STROTMANN, M.S.C.
OBISPO DE CHOSICA

Las encíclicas sociales tienen su contexto. La primera, *Rerum Novarum* de León XIII, reflexiona sobre los efectos inhumanos de la industrialización y pretende suavizar la suerte de los obreros. Setenta años más tarde, los Papas Juan XXIII y Pablo VI ayudan a los países en desarrollo, fortaleciendo sus esfuerzos de independencia. Juan Pablo II apoyó en sus dos primeras encíclicas a sus amigos del sindicato de Gdansk y en su última encíclica intentó orientar la nueva situación socio-política después de la caída del muro de Berlín. La encíclica *Fratelli tutti* es más ambiciosa: Quiere promover la espiritualidad de San Francisco, e. d., ofrecer la *Fraternidad y la Amistad Social* como orientación medular para el futuro de nuestro mundo. La encíclica es – en sus notas – sorprendentemente autorreferencial, e. d., el Papa cita muchos discursos socio-políticos de sus viajes. En este último capítulo invita a las religiones de ser el motor de la anhelada fraternidad mundial.

Preguntémonos primero, ¿qué trasfondo marca la perspectiva del Papa Francisco con respeto a las religiones? Hace treinta años tratamos el tema de la ‘Teología de las Religiones’ en la *Comisión Teológica Internacional* en un grupo dirigido por el P. Luis Ladaria SJ, hoy Cardenal-Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ante la mencionada corriente, las deliberaciones eran principalmente defensivo-apologéticas: la corriente mencionada declaraba a todas las religiones como *igualmente válidas*. Como idea guía le servía

el teatro de G. E. Lessing *Natán el Sabio* (1779) con su conocida *Parábola de los Anillos*. Algunos teólogos trataban las religiones con la *Teoría de la Substracción*: Quita las diferencias entre las religiones; el resto es la verdad que une a todas. Epistemológicamente le servían algunas posiciones kantianas: Con nuestros conocimientos llegamos sólo hasta los *fenómenos*, más no a las *cosas en sí*. Así, las distintas religiones expresan fenómenos distintos, pero en fondo tratan de la misma verdad. Queda evidente, que tal perspectiva implica fuertes elementos autodestructivos para la Iglesia, quedando las religiones a su vez sin identidad.

Hay que indicar dos resultados: 1. El Papa no se dedica a una cuestión particular de la Doctrina Social de la Iglesia (= DSI); quiere dar - desde la fe de la Iglesia - un impulso medular para el futuro de la humanidad como tal, más allá de perspectivas particulares. 2. Tiene presente el resultado de la discusión sobre la 'Teología de las Religiones', insistiendo en la posición, que las distintas religiones y las confesiones cristianas han de argumentar desde su 'identidad propia'. Sin ella, su participación en el diálogo no tiene ni sujeto ni sentido.

El último capítulo lleva las deliberaciones de esta encíclica a su punto culminante: "Las Religiones al Servicio de la Fraternidad en el Mundo". Para el Papa, las religiones cumplen un papel fundamental para promover una fraternidad mundial. Por supuesto, conoce los elementos fundamentalistas (hasta *violentos*) en las distintas religiones. Referente a las distintas confesiones cristianas conoce las discrepancias entre ellas. Pero el tema no son estas problemáticas (que trata en 281-284), sino la tarea medular de las religiones junto con las confesiones cristianas, que va más allá: Han de ser para el futuro de la humanidad el motor que promueve la *fraternidad entre todos los hombres*.

El Papa Francisco trata primero el aporte de las *religiones* (272-276): Ellas *pueden fundamentar la 'hermandad' o 'fraternidad' entre todos los hombres*, aceptando a Dios como *principio/creador* de todos. El pensamiento humano ha demostrado que puede ofrecer principios de convivencia como los Derechos Humanos. Pero sólo las grandes religiones fundamentan la *fraternidad*, refiriéndose a Dios como Creador y fuente de la unión ontológica entre todos los seres humanos.

En un segundo paso reflexiona sobre los cristianos (277-280). Primero subraya el aprecio de las religiones por parte de la Iglesia católica y cita la declaración *Nostra aetate* (N° 2) del Concilio Vaticano II. Con cautela indica el aporte

cristiano para la fraternidad mundial: *su manantial está en el Evangelio de Jesucristo*. Esta experiencia con el Señor quiere *encarnarse* en el mundo entero. La misión de las religiones y de los cristianos ante la fraternidad entre los hombres está amenazada por la *violencia* (281-284). Para superar las tensiones entre las religiones y entre los cristianos, el Papa hace recordar: *El amor de Dios es el mismo para cada persona sea de la religión que sea, y sea de la confesión cristiana que sea*.

El último punto del capítulo – con el título: *Llamamiento* – señala una causa concreta de esta encíclica: es el diálogo del Papa con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb en Abu Dabi (febrero de 2019) [285]. La declaración común de este encuentro se cita en esta parte: Las religiones nunca incitan a la violencia. Dios ha creado a todos los hombres iguales para convivir como hermanos, respetando ante todo a los pobres, los huérfanos y a los pueblos víctimas de la destrucción y de las guerras.

Termina con una doble oración: (1) *Oración al Creador*, pidiéndole que dé a todos los hombres, a quienes ha creado con la misma dignidad, un espíritu de *hermanos*. Esta es la oración común con las *religiones*. (2) La segunda es la *Oración cristiana ecuménica*: Esta oración tiene una estructura *trinitaria*: Pide la participación de los cristianos en el amor trinitario, que vivan del Evangelio de Cristo y que el Espíritu Santo sea la inspiración para formar el futuro de la humanidad.









Conferencia Episcopal Peruana

